

puesta en escena a bombo y platillo de una inteligencia artificial, muy lejos aún de ser auditables, abiertos, y sobretodo prevenidos a los sesgos de desigualdad que imperan en nuestra sociedad.

Las consecuencias presentes de este escenario no son menores. Renata Avila nos habla del colonialismo de datos y las nuevas formas de colonizar nuestra sociedad y nuestro conocimiento, en un proceso descontrolado y con una limitada resistencia colectiva al saqueo de toda nuestra privacidad y de la información que generamos en los procesos de comunicación en cualquier medio imprescindibles para nuestro día a día. Esto nos lleva a lo que Euridice Cabañes llama los procesos y modelos de gobernanza algorítmica en los que las formas de gobierno vienen, no sólo mediadas sino reconstruidas por una determinada mirada sobre la organización del mundo. En concreto Paz Peña apunta como Silicon Valley construye el mundo a su imagen y semejanza. Silicon Valley gobierna el mundo a partir del diseño a través de sus productos digitales de un campo de relación, socialización y uso intensivo de lo digital diseñado por hombres, blancos, de clase media-alta, con una concepción del mundo uniforme. Sólo por el hecho de que esta sea impuesta y totalizada by default (por defecto), se convierte en insertible como modelo para pensar nuestras sociedades que aspiran a ser abiertas, libres y diversas y que tanta falta hacen en pleno siglo XXI. Y lo más sutil de todo es esa finura, esa no-conciencia de los riesgos asociados, esa no-percepción de que estamos permanentemente performados, contruidos, inducidos, por decisiones de otros que nos mantienen en permanente estado de alerta, conectados, dispuestos y disponibles, adictos a este modelo de conexión que busca maximizar nuestra atención para retenernos, bombardearnos o testearnos con el último algoritmo de recomendaciones personalizado de lo que sea y que tanto acierta. Como apunta Geert Lovink todo esto pasa por unos procesos de diseño, que ya de por sí son políticos y que ponen el foco en esa

captura constante de la atención o la adicción, y que lo hacen a través de sistemas experienciales de interacción y otros miles de mecanismos que nos mantienen conectados y que conforman una ideología propia de las Redes Sociales.

Desde otra perspectiva Ingrid Guardiola sitúa la servidumbre voluntaria en el que se reconoce ese momento colectivo de aceptación, incluso consciente (y por eso voluntaria) sobre nuestro rol como proveedores serviles de datos que alimentan máquinas que alimentan algoritmos que alimentan de nuevo nuestra vida. En resumen podríamos hablar de un estado de manipulación consciente permanente y aceptado. La privatización de la vida pública, afectiva, social y política es una realidad en la medida que todas las formas de interacción pasan por medios privados. Y no todo el protagonismo se lo llevan las redes sociales. Este modelo de colonización va hacia cualquier lugar digital que aún no esté conquistado. Un caso paradójico es el de la llegada de Google en las escuelas, en el que bajo la excusa de la "usabilidad" y la facilidad de acceso, esta empresa se ha convertido prácticamente en norma y en modelo de educación digital, y más después del confinamiento. Google coloniza sin rasguños ni resistencias este espacio tan preciado como es el de la educación de niñas y niños aún libres (en parte) de Matrix. Google, aunque diga lo contrario, captura, almacena y procesa datos de alumnos a partir de los 4-5 años en el momento que empieza esta relación forzosa cuando los centros educativos, y de forma voluntaria, les dan de alta con su primer correo electrónico, al universo de Brin y Page (sus fundadores).

Entrar en la capa de los usos es un escenario más complejo y cargado de contradicciones, en los que vemos explosiones creativas, conflictos, revueltas, emancipación, reapropiación pero también miedo, violencia, agresión, control y un largo etcétera. Un caso espeluznante, cómo nos cuenta Javier Sanchez Monedero está en el uso

de las tecnologías de vigilancia para las crisis de los refugiados en los que algoritmos, datos y tecnologías de la vigilancia se coordinan para un absoluto control de la identidad (también digital) de las personas que cruzan fronteras escapando de conflictos bélicos, de pobreza hacia la fortaleza Europea, quedando marcados por vida y limitados a prácticamente ninguna posibilidad de seguir adelante. No es menor los usos intensivos de las redes sociales por parte de las formaciones de la ultraderecha, que han encontrado en estas, en consonancia a como están diseñadas y a su falta de control democrático, un lugar perfecto en el que bombardear con contenidos falsos, difundir mentiras, confrontar, construir relatos frentistas, de machismo, violencia, odio alimentando guerras comunicativas en red desde donde disputar el debate público.

Es por todo esto que urge, debido a su irreversibilidad, la necesidad de entender, afrontar y caminar hacia escenarios disidentes a este nuevo orden digital, escenarios reformistas que regulen y frenen la expansión descontrolada de estos gigantes, escenarios simbióticos en los que explotar y deconstruir muchas de las potencias cargadas de contradicciones de las redes sociales corporativas como nuevos espacios públicos colonizados, y escenarios disruptivos que promuevan y refuercen el desarrollo procesos y tecnologías autónomas, democráticas, abiertas y libres al servicio del conjunto de la sociedad. Obviamente para que esto pase hace falta un cambio mental como nos contaba Gerrit Lovink, de todos esos nativos de las redes sociales corporativas, y de una sociedad que simplemente camina de manera acrítica. Este cambio debe venir de la mano de lo concreto, de caminar y explorar estos nuevos territorios digitales que construir y recuperar al mismo tiempo, que nos permitan poner el cuerpo frente a Silicon Valley como nos cuenta Paz Peña. Ha llegado el momento de abrir nuevos espacios digitales no mercantilizados, no ludopatizados, para la deliberación y

construcción abierta y colectiva de conocimiento, espacios para la autonomía de lo digital y de la autoorganización colectiva, espacios para la cooperación y la generación de lazos fuertes y sororos, espacios diversos, libres de violencia que desplacen la polarización, como nos cuenta Red Levadura, hacia nuevos encuentros, consensos y disensos productivos (que produzcan otras salidas al conflicto que no sea el odio al otro, a lo diferente, a lo invisible, a lo subalterno).

Existen horizontes cercanos en los que ya emergen algunas formas de pensar, desarrollar y extender tecnologías libres y democráticas como es el caso de Decidim, así como otros muchos. Está pasando en todas las capas ya sean las infraestructuras abiertas y comunitarias, el hardware y el software libre, la data justice y el design justice o la Inteligencia artificial crítica. Numerosos proyectos robustos que avanzan y caminan hacia otros modos de entender la sociedad digital, en los que prima la colaboración, el conocimiento abierto, la gobernanza democrática y muchos sentidos comunes frente a lógicas únicamente extractivistas y de mercado. Ha llegado el momento de empezar a construir una **alianza global para los derechos digitales, las tecnologías democráticas** que constituida por múltiples redes capaces de empezar a dar respuestas colectivas y autorizadas a esta colonización permanente y gobierno de nuestras formas de interacción. Al mismo tiempo debemos lanzar un **plan para una transición tecnológica** que permita producir, escalar, sostener, cuidar, construir tecnologías abiertas, libres y del común, que empodere comunidades, que genere autonomía y emancipación, que construya otras economías, y que apunte un ecosistema diverso y robusto que pueda sostener esta transición frente al capitalismo de vigilancia i de plataforma(s).

Barcelona, 18 de noviembre de 2020

Arnau Moner

(Ajuntament de Barcelona, decidim.org)

El nuevo discurso de la servidumbre voluntaria

Por Ingrid Guardiola (Universitat de Girona)



He aquí unas breves pinceladas sobre la manera en la que el protocolo tecnológico opera como una herramienta de control con graves consecuencias sobre la construcción del sujeto y los procesos de socialización.

Capitalismo de plataforma

El estado de alarma se convirtió en un campo de maniobras de instrucción disciplinarias, un paro de la vida en el espacio público y un arresto domiciliario generalizado. Eso hizo aumentar el capitalismo digital y, con él, sus contradicciones. En concreto, lo que aumentó fue el capitalismo de plataforma o lo que el sociólogo David Harvey denominó, durante el confinamiento, la *Netflix economy*. Según Nick Srnicek, el “capitalismo de plataforma” son aquellas plataformas digitales globales que funcionan además como infraestructuras de extracción de datos para asegurarse su propio crecimiento económico. Hablamos de Netflix, Google, Facebook, Amazon, Uber, Tinder, Airbnb, etcétera. Muchas de estas redes aumentaron enormemente en cuanto a usuarios e interacciones durante el confinamiento. Al final, son plataformas de servicios, como es el caso de Blued, una aplicación gay china para ligar que además incluye servicios de *streaming* monetizados, *feeds* de noticias, juegos, compras en línea o consultas sobre gestación subrogada en el extranjero. Los *streamers* son institucionalizados,

profesionalizados y considerados como activos corporativos, como herramientas de extracción de flujos de datos. La información es un bien preciado. *Hashtags* como el de *#coronadiaries* transfieren un gran poder a la empresa: el poder de saber cómo vivió la gente la pandemia en tiempo real. Así, los servidores de Instagram y Twitter tienen una idea más clara que nosotros o que los políticos sobre cómo será nuestro futuro.

De la disciplina al control

La distancia social es una forma de control. La esfera pública se estructura a partir de relaciones de poder. La internet social, como nueva esfera pública, no está exenta ni de distancia social ni de gestión del poder. El filósofo Gilles Deleuze escribió en 1992 *Postscript on the societies of control*, donde ya anticipa, como problemas derivados de la gestión del poder: la tecnocracia irracional en manos de la informatización global, la financiarización de la economía y el control biométrico. Deleuze dice que hemos pasado de las sociedades disciplinarias sobre las que reflexiona Foucault en los años sesenta, a la sociedad del control difuso, corporativista y con individuos codificados. Según Deleuze, el control se organiza a partir de sistemas numéricos, de modulaciones. La estrategia es fomentar los incentivos, retos, concursos y sesiones de grupo, la rivalidad como fuerza motivacional que opone a los individuos entre sí y

los divide, los atomiza. Desaparece la masa, lo importante es el código, la contraseña, los “dividuos” y las masas de datos.

La sociedad de control actual ha hecho del panóptico un nuevo espectáculo. Desde el 11-S, el concepto de *seguridad* ha sido capitalizado por el Estado y la política internacional. La actual crisis sanitaria añade una nueva capa y un nuevo pretexto a la seguridad internacional: del bioterrorismo a la pandemia vírica. Con el coronavirus, se han aprobado las *corona apps* de rastreo, herramientas de cibervigilancia basada en la geolocalización anonimizada para detectar contactos próximos y saber si existe riesgo de contagio o para detectar nuevos focos. Hay quien los denomina *safe paths* (“caminos seguros”). Habría que preguntarse qué perdemos con todo lo que hacemos en nombre de la seguridad y a quién beneficia esa seguridad.

El autoaprendizaje de la máquina

En el 2010 se instauran los *big data* como un nuevo paradigma empresarial. El investigador Mike Ananny se descarga Grindr, i Android Store le recomienda automáticamente una app denominada *Sex Offender Search*, como si considerase que todos los gays son unos delincuentes sexuales. El mismo año aparece Watson, una inteligencia cognitiva que puede entender, razonar y aprender con los humanos. A partir del 2015, muchas empresas desarrollan estrategias en relación con la inteligencia artificial predictiva y las máquinas de autoaprendizaje. Los algoritmos de autoaprendizaje basados en redes neuronales, a pesar de la fascinación que puedan provocar, crean formas inclusivas y exclusivas de orden social. Son sistemas impersonales en los que es difícil entender las conclusiones a las que llegan o realizar una reclamación si lo que se concluye es que eres culpable de algo o no eres válido para recibir una beca, un subsidio o un crédito. Cuanto más aprende

la máquina sobre la base de nuestros prejuicios sociales, más nos desentendemos nosotros de los procesos de detección, categorización, clasificación y predicción. Fue precisamente, según Lewis Mumford, la taxonomía y la recolección de información del entorno lo que fomentó el desarrollo del lenguaje humano y de la inteligencia práctica. ¿Qué perdemos cuando lo delegamos en las máquinas y sus protocolos?

La predicción y la modulación

La especificidad de la arquitectura algorítmica de estos entornos, algo de lo que ya nos advirtió Shoshana Zuboff en los años ochenta, es que no solo permite automatizar tareas (como ya hiciera Ford con el sistema de producción en cadena) sino que en cada proceso de automatización se genera información y esta información es usada para predecir los comportamientos de los usuarios y alterarlos en un sentido u otro. Toda esta información personal y la que es fruto de la interacción con los demás se recopila para otorgar un carácter predictivo a estas herramientas. Ya en el 2012, Michal Kosinski decía que a través de los *likes* podían predecir atributos personales como la orientación sexual, la etnicidad, la religión, las opciones políticas, los rasgos personales, la inteligencia, la felicidad, el uso de sustancias adictivas, la edad, el género o la separación de los padres de los sujetos analizados. Shoshana Zuboff lo describe como un “capitalismo de la vigilancia” que mercantiliza la experiencia privada humana entendida como datos del comportamiento (*behavioural data*). Así, el beneficio es un producto predictivo, son modelos de comportamiento para hoy y para el futuro. Podríamos incluso sostener que lo que se comercializa es el futuro: es decir, todo lo que acumulas en estas fábricas del comportamiento es todo lo que perderás.

Un artículo académico reciente indicaba que muchas prisiones se han convertido en espacios

probeta para la inteligencia artificial vinculada a la tecnología de vigilancia: se trata de fábricas de seguimiento de los internos, completamente datificados (incluso en cuanto a sus constantes vitales), como una fábrica de producción de datos en lo que en otros tiempos habían sido espacios provisionales de manufactura de productos. En Hong Kong, por ejemplo, los presos llevan dispositivos de Fitbit para analizar si sufren una sobredosis o si están a punto de pelearse, pese a que no tienen la posibilidad de conectarse a medios digitales. En Suecia, una agencia estatal lanzó en el 2018 Krim:Tech, un *hub* para renovar, digitalizar y hacer inteligente (*smartify*) el trabajo con prisioneros. Se trata de una doble servidumbre involuntaria.

El sujeto modulado o el autómatas cognitivo

Foucault decía que la modernidad del siglo XIX es inseparable del modo en que los mecanismos de poder coinciden con nuevas formas de subjetividad, una cierta política del cuerpo que indica cómo hacer útiles las nuevas multiplicidades de individuos. Hay un sector de la inteligencia artificial que quiere, como dijo Bernard Stiegler “proletarizar la mente humana y extraer valor del sistema nervioso”, incluido el cerebro. El sujeto perfilado desde las redes sociales es un sujeto aislado que es analizado a partir de técnicas de segmentación social. Es un perfil en una burbuja de genotropismo digital donde de lo que se trata es de atraer perfiles similares. Estos espacios transfieren la obsesión por la métrica y la puntuación de acuerdo a una lógica competitiva y adversaria como la que describía Deleuze. Por ejemplo, en el 2017 Tinder lanzó la aplicación Tinder Gold, una opción de pago que actúa como asistente personal, te ayuda a ligar y te permite tener mayor visibilidad por 25 euros al mes. La métrica administra

las posibilidades libidinosas del aplicativo, así como nuestra euforia o depresión.

Mark Fisher sentencia: el capital te sigue mientras duermes. Y, de hecho, lo hace a través de aplicaciones como Fitbit, Dreem o Neuralink, la app de Elon Musk que entiende la depresión o el insomnio como problemas eléctricos del cerebro que pueden ser corregidos aplicando tecnología electrónica. Al margen de corregir los estados de ánimo, también se regula la conciencia y la memoria. Desde el 2016, el tiempo algorítmico de las redes sociales modula tus momentos de vida más relevantes y te exime de la necesidad de darles tú el valor necesario. Si eliminamos de nuestra vida elementos como la gestión de nuestra memoria personal o del dolor interno, lo que queda es el “autómata cognitivo” (según Fisher): un anti-sujeto que delega en las máquinas su capacidad taxonómica, de recolección y de comprensión de datos, de producción de memoria y de significados, y de construcción de un marco social de confianza compartida. Hablamos de la destitución subjetiva a manos de lo que algunos denominan *narcocapitalismo* (Laurent de Sutter) y otros *neuroliberalismo* (Mark Whitehead) y que es un capitalismo modular en una sociedad aparentemente libre, narcótico hasta la médula y cuyo efecto solo es el reverso de la depresión que continuamente provoca.

Por todo esto, no resulta extraño que uno de los productos más comprados durante el confinamiento fuera Alexa, el asistente de voz de Amazon, una inteligencia artificial que, según Andreas Hepp, es un arquetipo que representa al robot-sirviente. Con estos bots, nos comunicamos sin necesidad de comprender o comprendernos.

La servidumbre voluntaria

Todo eso nos lleva a retrotraernos en el tiempo y a incluir aquí una reflexión sobre el libro de La

Boétie *Discurso de la servidumbre voluntaria o el Contra uno*, de 1549, que escribió cuando tenía 18 años, pero que se publicó póstumamente gracias a su amigo Montaigne. La Boétie se pregunta por la figura del tirano y explica que, al tirano, la fuerza se la da el pueblo. “¿Cómo puede provenir tanto de dolor de una sola persona?”, se pregunta el autor. La Boétie comenta que, para que el poder sea efectivo, necesita del servilismo de los demás, necesita que se acostumbren y que su falta de libertad quede compensada con un sistema de ocio adecuado. Asimismo, La Boétie afirma que, con la pérdida de la libertad, perdemos también el valor: “las gentes sometidas no sienten ni alegría ni arrebatos en el combate”, igual que el autómatas cognitivo. Finalmente, nos dice que solo defienten a los tiranos unos pocos, mientras que el resto simplemente responde a una cadena de órdenes establecidas, es decir, a un protocolo social. ¿En qué forma deshumanizada se han convertido ahora los nuevos tiranos? ¿Son acaso los “titanes de la información”?

Apuntes finales

En octubre del 2020, la Fundación Nesta publicó una investigación especial titulada *Usando la inteligencia colectiva para resolver problemas públicos*. Desde que Pierre Levy empezó a hablar de “inteligencia colectiva” en 1994, este término ha ido cayendo en manos diferentes. Sería necesaria una nueva era de la “inteligencia colectiva soberana”. En el dossier de Nesta hay algunas iniciativas populares que ponen en diálogo la voluntad general y la gestión política del territorio. Sin las dos cosas, no hay inteligencia colectiva que valga. ¿Cómo hacer que prime la voluntad general (diversa, dialogante, con capacidad de negociación) por encima del autómatas cognitivo?

Las plataformas sociales mencionadas tendrían que ser analizadas como una cuestión pública. ¿Qué estado del bienestar digital queremos y

cómo se relaciona esta gobernanza electrónica con la gobernanza pública tradicional? ¿Qué formas sociales genera? ¿Son mis redes una herramienta de destitución subjetiva y de inscripción de prejuicios sociales derivados en políticas de odio? ¿Tengo la impresión de gestionar mi propio tiempo o es la máquina la que lo controla? ¿Qué relación han de tener las instituciones y poderes públicos con estos espacios virtuales en los que delegamos toda nuestra conversación, nuestros afectos y nuestras decisiones políticas?

Hablar de desconexión y de herramientas libres está muy bien, pero, mientras los principales ingredientes de la esfera pública tradicional (como son el trabajo, la familia y las instituciones públicas) sigan fomentando el capitalismo de plataforma, no tiene ningún tipo de sentido optar por una política de la culpabilización ciudadana. Si queremos una ciudadanía digital sana que pueda disponer de una inteligencia colectiva efectiva, antes tendremos que erigir herramientas y formas de resistencia al control psicológico, emocional y cognitivo de la mayoría de estos sitios, unas estrategias de desnaturalización de una servidumbre voluntaria que conlleva recompensas no siempre satisfactorias. Y todo esto también pasa por un humilde y obstinado trabajo de reapropiación del lenguaje, de nuestra comunicación y de nuestra socialización digital. Tenemos que reapropiarnos de la capacidad descriptiva y taxonómica, y fomentar un diseño no autoritario en el que ningún protocolo sustituya a la capacidad de negociación, participación y decisión de la ciudadanía.

Ingrid Guardiola
(Universitat de Girona)